estalló en su casa la bomba mazhorquera y quedó él prendido de pies *per in secula*, es decir, desde los tiempos bíblicos (tan lejos veía lo pasado y tan larga se le hacía la vida!) no venía Luces á la calle Bolivar. De todos modos, le daría una carta de recomendación.

—Lo demás corre de tu cuenta, hijo. Es mucha cosa esto que el público no ha de abrir los ojos si un Luces cualquiera no lo hace á sendas plumadas; echa el orgullo á la espalda y vete á golpear la puerta del famoso dispensador de credenciales, y que te dé la que á ti te corresponde para usar de tu derecho de tener talento y de aplicarlo como mejor te parece. Y acuérdate de tu misión, de que todo, humillaciones, desdenes, injusticias, lo sufres en holocausto de tu arte, del arte nacional!

Con estas palabras del tío Tano y una carta conceptuosa de su puño y letra, pensó Tobi hallarse bien pertrechado para presentarse delante del grande hombre; y una mañana, á la hora que juzgó más propia,

se encaminó á la morada suya, conocida de cuantos los primeros balbuceos poéticos y los primeros pinitos literarios ensayaban. Ya en otra ocasión, (1) tuve la honra de presentar á mis habituales lectores este hombre eminente, galiparlista insigne, flor y nata de literatos locales, regocijo de las musas caseras y dechado asombroso de genios domésticos, engendrados en una sala de redacción y desarrollados y nacidos al calor de la incubadora periodística; y quizá entonces, con irrespetuoso alarde, grajo que del águila maldice, ensarté razones que se me antojaran verdades, y fueron ó parecieron envidiosos desahogos. Así Dios me lo perdone en gracia de mi buena intención, que fué excelente, digo, por franca y sincera.

Pues, los que le conocen, saben que vivía el grande hombre (y vive, para gloria de las letras argentinas) en la calle de Suipacha, y á la calle Suipacha llegó el artista.

(1) *Entre dos luces.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con su carta, sus esperanzas, su buena provisión de saliva, el natural orgullo bajo siete llaves y esa emoción desagradable de los pequeños que van á implorar un favor del poderoso: apretó tímidamente el botón eléctrico, miró si su ropa no traía hilachas ó pliegue incorrecto, y esperó que viniera el introductor clásico: un gallego patoso ú otro fámulo de color subido. Vino, sí, pero era del sexo opuesto, al menos por la falda de zaraza y el relleno carnoso y movedizo de la chambra mal prendida, pues la cara acarnerada tenía gesto hombruno y hasta cierta sombra de bigote masculino; una turba de chiquillos muy puercos acompañábanla, que ella rechazaba, diciendo:

—Niños, quiten ustedes; niños, salir de aquí.

Se limpió en el delantal la mano, sucia quizá del fregadero, tomó la tarjeta que Tobi por los hierros de la cancela le alargó, y franqueó la entrada:

—Pase usted; voy á avisar al *patrón*.

Debían de haber acabado de almorzar,

porque los nenes aquellos conservaban algunos la servilleta bajo la barba, perdidas de grasa y de vino, y todos, los morros embadurnados de huevo: en la sala, además, flotaba un olorcillo de fritada, y la humareda de un puro de Bahía en combinación con otros variados perfumes culinarios, que revolvían el estómago satisfecho. Lo estaba el de Tobi, y así tuvo la tentación de abrir la ventana, pero no se atrevió, y en el borde de una silla sentóse resignado: parecióle todo muy cursi, la sillería estaba enfundada, había espejos de pasta, retratos de familia malísimos y una mecedora con un paño de *crochet* en el respaldo; afuera se oía chillar á los nenes, escandalizar á un loro y la voz de una mujer que regañaba:

—¡Dolores! hace un siglo que la estoy llamando á usted: ¿qué hace usted? ¿no ha acabado la tertulia en la cocina?

Por fin, las hojas de la puerta se abrieron con estrépito, y un hombre alto, flaco y encanecido, con guardapolvo amarillo, al que, indudablemente, obligaban á hacer de

bata veraniega, zapatillas de cañamazo bordado, el impuro cigarro en la diestra y en la siniestra la tarjeta del visitante, presentóse sonriendo y saludando: «Muy señor mío... ¿á qué debo este favor?» Era el grande hombre, y aunque de tal no tenía trazas sino el tamaño, se impresionó Tobi, y con razón, porque esto de hallarse de manos á boca con genios así famosos, aunque domésticos, altera los nervios á la cachaza misma. De pie el turbado joven, balbuceó algunas palabras, entre las que sonó claramente el nombre de Mártir, dando ocasión al personaje para decir:

—¿El padre Mártir? sí señor, vaya si me acuerdo! y ¿qué tal está mi viejo amigo don Cayetano? ¿conque usted es su sobrino?... pase usted, amiguito, pase usted.

Le empujó, y á vuelta de muchas cortesías, entraron en la habitación contigua, biblioteca y despacho del grande hombre, templo del dios, donde se concibieran y nacieran á la luz de la publicidad tanto y tanto artículo prodigioso. Digo que entra-

ron, pero fué saltando y mirando dónde ponían los pies, por no asentarlos en las hojas de papel blanco con pegotes impresos de que se hallaba tapizado el suelo; también las había sobre la mesa de escribir y encima de las butacas, en cantidad tan grande, que Tobi no supo dónde sentarse cuando don Buenaventura le invitó, ni qué hacer del sombrero y de su persona en aquella inundación de papel desbandado.

—No lo extrañe usted—dijo el literato—es mi nueva obra, la nueva colección de artículos que preparo.....

El maldito tufillo de la comilona apestaba más, y el mozo se puso á toser; y en tanto el otro paseaba una mirada rápida por la carta de don Cayetano, examinábale á hurtadillas, buscando, sin encontrarle, ese algo que debía de diferenciarle del común de los mortales, y comprobando, por lo menos, que no era de los que *se ponen moños*, ejemplares de la especie verdaderamente insufribles: inspección disimulada que abrazó la habitación entera, la vastísima libre-

ría, un busto pretencioso del dueño de casa, otro en bronce de Voltaire, que parecía reirse del fatuo, y uno más sobre una columna, de la que pendía fúnebre lazada de crespón; ¿á quién representaría este mármol torpemente labrado? ¿era un orangután ó un hombre? Tobi, que había cobrado aversión á toda la familia, desde los antropomorfos hasta los arctopitecos, por motivos conocidos, dejó de mirarle, pudiendo advertir que una sonrisilla vagaba en los labios de don Buenaventura al terminar de leer y mientras guardaba en el sobre la carta, demostración enigmática que tradujo luego con esta salida:

—¡Hola! ¿con que es usted escultor? ¡artista! bueno, hombre, bueno.

Encontró el postulante de malísimo gusto aquello, y escamóse al ver reaparecer la sonrisilla, que á él se le antojó clasificarla entre las muecas con que el rostro humano sabe expresar la compasión. Don Buenaventura se sentó sobre aquellas singulares cuartillas, en la butaca de cuero que presi-

día la mesa de trabajo, sin tomarse el de apartarlas, suplicó á Tobi que hiciera lo mismo en otra próxima, y de nuevo la sonrisilla maligna acompañó á la repetición de la frase:

—¡Conque escultor! ¡Bueno, hombre, bueno!

Y seguidamente desgranó el rosario de ofrecimientos vulgares: «Estoy á sus órdenes, ¿en qué puedo servirle? Me basta que un tan grande amigo como el padre Mártir...» con otras palabras mentirosas, dichas por costumbre y de memoria, que dieron pie al joven para contestarlas en el mismo tono de estudiada benevolencia y soltar tal cual piropo, encaminado á ganar la voluntad por la lisonja, treta conocida y que ya ponderó la fábula. Don Buenaventura recibía el incienso como la jamona pasada, que coquetea:

—No diga usted eso; usted exagera, ¡qué cosas tiene usted!....

Y en este duelo galante se estuvieron, hasta que dijo Luces:

—Pero, vamos á ver, ¿de dónde sale usted con estas aficiones artísticas? Porque en su familia, que yo sepa, no hay ni hubo artistas (les llamaremos así) de ninguna clase.

—No, señor—respondió sencillamente Tobi.

—Por lo que me escribe su tío de usted y lo que yo infiero—prosiguió don Buenaventura—á usted le pasa lo que me pasó á mí mismo de niño, y áun de joven: me creía nacido con los alientos de un reformador literario, y primero en la poesía, y luego en la novela, probé mis fuerzas, que resultaron escasas, sobre todo en la novela, y así le aseguro yo que no tendremos novela argentina en un siglo, por lo menos, como no tendremos arte nacional, ni nada que lo parezca, mientras no hayamos terminado de constituirnos como nación y llegado á la mayor edad. Sí, amiguito, ésta es mi opinión franca, y no lo tome usted á mal que se lo diga, ni me acuse de que le mato sus ilusiones en vez de estimularlas. ¡Yo también, yo también he sido como usted! pero

me detuve á tiempo. ¿Cree usted que yo escribo para vivir? ¿y que me pagan los oros y los moros por mis críticas y mis lucubraciones históricas, ó filosóficas, ó políticas, ó de amena literatura? Me dan las gracias, y á veces tengo yo que darlas, y siempre que abonar mis ediciones, de las que no recojo ni el precio de un ejemplar. Pues si á mi padre no se le ocurre dejarme una bonita herencia, y á mi pobre hermano Tomás asociarme á sus pingües negocios de *estancia,* ¡sabroso pan iba á comer con la literatura! ¿Qué quiere usted hacerle? No puede ser de otra manera en un país joven que se ocupa y está absorto en labrar su hacienda. Después vendrá el cultivo de las bellas artes y su florecimiento, y tendremos escultores, pintores, músicos, novelistas..... Entretanto, á los que nazcan con esta genialidad, no habrá más remedio que repetirles la graciosa frase de nuestros *compadritos: ¡Déjate* de cantar, *silguero!*... es decir, no estamos para músicas; ya vendrá el tiempo de distraernos; ahora, al trabajo material y lu-

crativo. Esto vengo predicando yo á cuantos me consultan, y de muchos poetas y artistas incipientes tengo hecho agricultores, ganaderos y comerciantes. No le digo á usted que logren curarse radicalmente de su manía, de ese *tic* del espíritu enfermizo; pero cumplen con su obligación y no nos ofrecen el triste espectáculo de genios abortados y sin brújula. Pero, señor, ¡si todo lo tenemos aún por hacer en la casa! ¿Qué pensaría usted de quien antes de disponer el arreglo conveniente y la colocación apropiada de su mobiliario, se entregara á tocatas sentimentales en la sala destartalada, y diera á la música todo el tiempo que á cosas más urgentes debía? ¡Tenemos que poblar, que civilizar, que sembrar! ¿Le parece á usted poca faena, amiguito? ¿Y cree usted muy cuerdo emplear los brazos, qué tanta falta nos hacen, para fabricar versos, estátuas ó cuadros, que en Europa los tenemos mejores si nos place? ¿Ha leído usted á Mallebranche?

—No, señor—contestó el infeliz, aplas-

tado por aquel chaparrón, que no lo soltara más recio el mismo don Nicolás, enemigo jurado del arte indígena.

—¿No lo ha leído usted?—repuso el gran hombre sin tomar aliento—pues Mallebranche ha dicho, y si no lo ha dicho él lo dijo otro cualquiera, que «la vida de los pueblos...» en fin, ahora no me acuerdo bien de la frase, y tendría que ir á buscarla en mi *Larousse*, mas estoy seguro que coincide admirablemente el pensamiento con cuanto vengo diciendo, es á saber, que lo primero es el estómago. Y no insisto, porque no quiero arrancarle su ilusión, así, brutalmente, como se arranca una muela, de un solo tirón. El padre Mártir me lo ha recomendado á usted, y al padre Mártir le estimo yo bastante para que á su recomendado y sobrino no le hable con esta sinceridad algo bruscota, pero natural y amistosa. Ahora bien, ¿qué obra es esa que tiene usted expuesta al público?

—Una driade—respondió Tobi ya con cierto empacho.

—¿Una...?

—Driade, la ninfa de los bosques de la mitología griega.

—Eso es, la ninfa de los bosques... ¿y cómo la ha representado usted?

—De la única manera que podía representarla: las driades eran ninfas que se suponían unidas á los árboles, y cada cual vivía el tiempo que el propio árbol vivía. Así mi driade es una mujer joven, que se presenta desnuda, coronada de flores silvestres, junto al árbol que le da vida.

Había su retintín en esta lección de mitología, pero don Buenaventura no lo advirtió; chupaba la tagarnina, y entre uno y otro humazo, el flujo oratorio desbordábase.

—Pues estará bien la... la ninfita, ¡vaya! no la he visto, pero con la descripción que usted me hace, ya me han entrado ganas de verla. Por supuesto que usted la expuso al público, y se fué á su casa á esperar, sentado, que le llevaran los laureles y el dinero. ¡Error, joven! ¡lamentable error! hay

que correr las redacciones, trabar amistad con los revisteros, convidarles á café, y meterse en los círculos; fomentar la propia *rèclame*, preparar la atmósfera favorable, *hacer el artículo,* como quien dice. No haga usted esto, y es hombre al agua. Pero aunque usted lo haga, créame, amiguito, créame, sacará lo que el negro del sermón. Diremos, yo el primero, y á ello me obligo, que su... su ninfa es una obra portentosa, y á pesar de todos los bombos y campanillas, como no se agencie usted un pasar honesto, se comerá los segados laureles para no perecer de inanición. Sí, sí. Esto del arte bueno está como entretenimiento, pero no como oficio. Triste verdad para las imaginaciones románticas, para los que se creen nacidos hijos legítimos de Apolo y considéranse deshonrados si otra cosa que su culto exclusivo la necesidad les impone...

Iba á seguir sobre el ingrato y manoseado tema, pero Tobi se levantó de improviso, con excusas banales, y quiso marcharse; á

lo que el literato se opuso, sin que antes echara una ojeada á la magnífica colección bibliográfica que atesoraba.

—Venga usted y verá preciosidades.....

Hubo de consentir el joven, y de mala gana, salvando las consabidas cuartillas y pisoteándolas, á veces, recorrió la estantería, guiado por don Buenaventura, que cogía aquí un libro, desenterraba allí un manuscrito, y de todo se hacía lenguas él mismo, con impertinente vanidad.

—Este busto—dijo deteniéndose ante el que promovió las dudas de Tobi—es el de mi pobre hermano Tomás, el diputado, víctima del infame asesinato político que usted habrá oído mentar. Está hablando. ¿Qué le parece á usted la obra? me la han hecho en Italia y mis buenos pesos me cuesta.

El artista reservó su opinión discretamente, y no dijo cuanto, á fuer de excelente perito, pudo decir de la basta factura del indicado mármol, silencio que el literato tradujo por admiración y asombro, é insistió, descomedido:

—Pues, ¿á santo de qué perderemos nuestro tiempo en hacer estas cosas, si de Europa nos llegan tan perfectas? por eso decía á usted, amiguito.....

No quiso Tobi oirlo repetir dos veces, y saludó buscando la salida; pero Luces retuvo su mano, y de esta suerte, mientras le acompañaba hasta la cancela, paternalmente le habló:

—¡Que no vaya usted á creer, mi joven amigo, por lo que me ha oído, que soy yo enemigo acérrimo del arte nacional: ¡no señor, no! á cada época lo suyo, como dijo, me parece, Mallebranche..... Esta es mi opinión reservada, pero ya verá usted en *El Cotidiano* lo que le endilgaré al público con motivo de su... su ninfita; porque sépase que voy á hablar de ella y he de ponerla por los cuernos de la luna, que esto no cuesta nada y justo es pagar en elogios lo que no se ha de pagar en dinero. Mas, y présteme usted atención, no me haga usted caso de lo que en letras de molde le diré, y déjese de arte ¡por Cristo vivo! que me ha

sido usted muy simpático y me da lástima verle por tan mal camino.

Pegada la lengua al paladar, las frases de despedida y agradecimiento no pudo Tobi articular; y salió de estampía, pareciéndole que cada palabra del grande hombre, que de tamaño desencanto hacia gala, en medio de su gloria indiscutida, era látigo silbador que flagelaba sus carnes. Pasaban las gentes huroneando el negocio, rodaban los carros con estrépito, el flujo comercial crecía..... Nunca la desemejanza que observara entre él mismo y los demás, Tobi la advirtió tan profunda: era él un espíritu de otra época, de otro país, vestido á la usanza moderna el cuerpo que animaba y echando de menos, quizá, la túnica antigua: de tal manera de sus compatriotas habíase apartado en gustos, aficiones, trabajos y fantásticos deseos, que ya sentía el vacío del que se eleva demasiado y traspasa el linde de la atmósfera común. Era un extranjero en su patria, un extraño en su hogar; ni comprendían su lengua, ni él

entendía la lengua de los demás, porque había vivido y vivía en un mundo aparte, hecho á capricho, y así cada paso suyo era un tropezón, cada esfuerzo una caída y todo vano alarde é inútil tenacidad.

Cuando llegó á casa, la tía Bernarda le dió el gran susto contándole, á vuelta de mucho suspirar y no pocas reticencias misteriosas, que don Cayetano había tenido un serio ataque:

—Pero ya está mejor, no te alarmes, ¡ay, hijo mío, qué angustia! el pobrecito jamás tuvo desmayos, ni nada parecido, ni más enfermedad que la parálisis de sus piernas; ¡si parece un capullo de rosa el santo varón! y hoy, luego que tú te marchaste, de repente ¡zas! le dió un patatús... ¡Y yo solita con José María! afortunadamente, abajo, en el Remate, estaba Pozuelo con un médico amigo suyo, y á mis gritos y á los de Ubaldina, todos subieron... Al cabo, no ha sido nada y ahí está tan tranquilo. ¡Jesús! todavía me dura el susto. ¡Ay! Tobi, á mí nadie me quitará la idea que tu tío se halla

muy afectado con estos dimes y diretes entre tu padre y él, acerca de tu dichosa carrera, y desde la noche de la escenita aquella le veo muy tristón. Ahora, él que siempre tuvo tirria á los periódicos, cada mañana se los lee todos de cabo á rabo, y la zurra que á ti te den le duele más que á ti mismo, y los elogios le enorgullecen y entonan. Anda, anda, que te espera y no hace más que preguntar por ti.

Fué el asustado sobrino, y halló al clérigo muy tranquilo en el sillón de ruedas, sin que el apacible semblante revelara indicios de malestar físico: sonrió don Cayetano, dijo que ya sospechaba cuánto las dos asustadizas mujeres habrían exagerado el ataque nervioso que, dijera lo que dijera misia Bernarda, cuya memoria flaqueaba con los años, venía á ser una reproducción de los que en su juventud solían darle; y luego de cariñosa porfía con la hermana y la gorda Ubaldina que, por alegre burla, protestaba de los muchos años que á la tía achacara el clérigo, insistiendo éste que había nacido

el 32, él era del 28, y Artemia, la menor, del 36, cifras que como pelota de goma, botaron y rebotaron de don Cayetano á misia Bernarda, de misia Bernarda á don Cayetano y de los dos á Ubaldina, que las devolvía con risotadas, quiso el tío enterarse de si había visto el sobrino al gran Luces, de qué manera le recibió, y qué le dijo, con todos los pormenores que á tan interesante y trascendental visita correspondían.

Discretamente, la señora y Ubaldina se escabulleron, porque notaron que don Cayetano apagaba la voz, y con la mano á Tobías ordenaba que se acercara, síntomas de probable secreteo; y aunque no había menester de tapujos, creyó el joven muy prudente ocultarle la mala impresión que traía, y así, ni en gesto ni palabra la confesó, al contrario, hubo de manifestar lo campechano que le pareció el literato, su afabilidad en recibirle, los bondadosos consejos que le dió, y la promesa que le hizo de escribir en *El Cotidiano*, cosas todas que

alegraron muchísimo al viejo y encendieron el rosicler de sus mejillas.

—Vamos á ver—exclamó—¿qué consejos te ha dado? Por supuesto, que habrán sido para estimularte, pues un hombre que anda manoseando libros, no ha de pensar como el *pulpero* de la esquina.....

Sin embarazo contestó el mozo que sí, que se los había dado tantos y tan buenos, que ya se le antojaba el camino como la palma de la mano.

—Deja entonces que hable el periódico, y verás qué ojos abre tu padre y qué bonita venganza tomas de él. Una opinión que no sale de la imprenta poco vale; pero si aparece en letras de molde, y la firma un Luces de éstos que se llevan al público de las narices, todo el mundo boca abajo. Ya me dan ganas de llamar á Nicolás y mojarle la oreja.....

Tobi le disuadió de tal bravata, asegurando que era mejor esperar á que se publicara el prometido artículo, y el clérigo pensó lo mismo, reservándose el placer de

leérselo al testarudo del cuñado, á ver si de esta suerte acababan de catequizarle. Con tan grato motivo, platicaron tío y sobrino buen rato, el clérigo muy acalorado y siempre firme en sostener la noble lucha contra el mercantilismo soez, que todo lo empequeñece y corrompe, y Tobi fingiendo energías de Amadis para combatir á la fiera y domeñarla.

Uno y otro no dejaron ya periódico por espulgar cada mañana; el clérigo seguro de dar con la luminosa encíclica del pontífice literario, en que *urbi et orbi* se proclamaran las excelencias del sobrino artista, y éste, con el temor de que la promesa del grande hombre fuera una raya en el agua ó una firma en la arena. La obscura Lucrecia iba del cuarto del señor don Cayetano al del *niño* Tobi, y de éste al del otro, con los favorecidos papeles; y pasaban los días, y el escrito no parecía, y todo era disculpar al faltón, buscar excusas que satisfacieran la propia desconfianza, y mutuamente los dos, corridos, animarse. Fun-

dado en las buenas ausencias que de él hiciera, pensó don Cayetano mandarle nueva misiva; pero Tobi se opuso, por amor propio, por dignidad.

Mudo *El Cotidiano* y mudos todos, el fracaso de la *Driade* fué completo; todas las esperanzas del autor se derrumbaron de golpe. Pero lo peor fué el recado que trajo una noche misia Estanisladita, la embajadora que allanó las dificultades de la consabida exposición, y sin preámbulos, delante de la familia reunida en el despacho del tío Tano, lo soltó así:

—Me ha dicho el de los *Cuatro Cantones* que qué se hace con la muñeca de usted, Tobi, porque ya le está estorbando en la vidriera y necesita el espacio para sus *fantasías* de Año Nuevo. Quería mandármela á casa, pero yo rehusé; ¿dónde iba á colocar un armatoste semejante? y le contesté que ya se resolvería. Usted decidirá cuanto antes qué se hace de *eso*, si se le vuelve acá ó se manda á un Remate, lo que sería más acertado.....

VII

Habían pasado las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y aunque no con la entereza y vigor físico de costumbre, don Cayetano despachó sus misitas y cumplió sus devociones habituales en aquellos días solemnísimos, que representan el volver de un recodo en el camino de la vida; sea porque él no se encontraba bien, ó porque los ánimos de todos en la casa anduvieran encapotados y tormentosos, no se dió este año á la misa del Gallo las proporciones alegres que siempre tuvo, suprimiéndose la cena tradicional, y por evitar curioseos de comadres, llegó á decir misia Bernarda que no habría tal misa. Mal que mal, don Cayetano cumplió, digo, los preceptos de su ministerio;